

POLITICAS DEMOGRAFICAS Y VOCACION DEMOCRATICA. ANOTACIONES AL MARGEN DE LA PONENCIA DE JUAN SALCEDO

Francisco Fernández Buey

*Profesor titular de Metodología de las Ciencias Sociales
Universidad de Valladolid*

El texto sobre «demografía y democracia» que presenta Juan Salcedo para su discusión en el Centro de Estudios Constitucionales es, en mi opinión, valiente en el planteamiento de algunos temas de actualidad político-social implicados en el análisis de la población, cauto en las conclusiones normativas, explícito en el rechazo de los principales peligros de una política demográfica intervencionista, popperiano en el enfoque histórico, muy seguro en las convicciones liberal-democráticas que le animan y escrito, además, con la distancia suficiente como para que en aquellos temas que más preocupan al autor sólo se le hayan escapado un par de improprios (en relación, desde luego, con la crítica de determinadas políticas demográficas de corte nacionalista, tan en auge durante la última década). Todas esas cosas juntas seguramente hacen una buena introducción al debate.

En lo que sigue me referiré —al hilo del trabajo de Salcedo— a algunas cosas de las que disiento, apuntaré alguna otra que echo en falta y sugeriré una línea de discusión cuyo centro son las limitaciones que, a mi modo de ver, continúa teniendo el enfoque democrático-liberal para abordar, con respeto a la dignidad del hombre y con eficacia (por recoger dos requisitos que el ponente contrapone), el tema que aquí nos ocupa. No será ésta, pues, una intervención sistemática, sino una exposición que se acerca a los problemas tal como van saliendo en el texto de la ponencia. Las apostillas de más entidad están encaminadas a reforzar, en primer lugar, la argumentación metodológica en favor del estudio de problemas cuya punta política conflictiva determina el que en las aproximaciones académicas se pase sobre ellos como sobre ascuas, y a discutir, en segundo lugar, la drástica oposición entre «política» demográfica y «políticas» demográficas que Salcedo establece en el texto; discusión, esta última, que enlaza con la crítica al punto de vista popperiano por considerar que la simple identificación del singular «política» con «vocación totalitaria» y del plural «políticas» con «aspiración o talante democrático»

enmascara muchas más cosas de las que aclara, sobre todo en relación con los debates que en los foros internacionales y en la comunidad científica se han producido en las dos últimas décadas.

I

La atención relativamente escasa que por lo general se presta en el ámbito académico a la relación entre demografía y política parece estar en razón inversa a la preocupación que por este vínculo existe fuera de las universidades. Pero para ser justa la afirmación con que el autor inicia su ponencia debería quedar expresamente referida al marco de las publicaciones académicas (y, aun dentro de éstas, a las más formalistas y asépticas). Pues, como es sabido, durante los últimos quince años —y con más fuerza desde la divulgación del primer informe al Club de Roma sobre los límites del crecimiento— las referencias a esa relación, e incluso la insistencia en las implicaciones político-sociales del complejo población-recursos-medio ambiente, se hizo cosa habitual en la prensa diaria, en las revistas populares y, más recientemente, hasta en las cadenas de televisión, las cuales están organizando animadas discusiones entre especialistas acerca de los cambios habidos en las tasas de fecundidad y su repercusión en las políticas propugnadas por los partidos y los gobiernos.

En cualquier caso, es obvio que la atención al vínculo entre demografía y política (en el doble sentido de ciencia política e intervención en los asuntos de la *polis*) ha estado presente en varias de las controversias científicas más sonadas de estos últimos años, desde la que enfrentó a la comunidad científica norteamericana sobre el concepto de raza en 1966 a la que actualmente mantienen biólogos, antropólogos, etólogos y los científicos sociales acerca de algunas generalizaciones de la Sociobiología (a las que no son ajenas las actitudes políticas de la nueva derecha nacionalista y racista) pasando por el célebre y agrio intercambio dialéctico entre el profesor de ciencias biológicas de la universidad de Stanford, Paul R. Ehrlich, y el ecólogo y ecologista Barry Commoner en torno al peso de las variables «sobrepoblación» y «sobrecarga del medio ambiente» en la dinámica biocida de nuestra civilización.

De todas formas parece claro que la cautela académico-científica está más que justificada ante controversias en las cuales juega un papel importante la emotividad primaria de las gentes, o bien frente a aquellos debates en los que de hecho se están dilucidando asuntos directamente relacionados con choques culturales históricos, aunque lo que se hace explícito en ellos sea casi siempre mucho más neutro. Salcedo aduce el ejemplo del término «raza» para denunciar el falseamiento de la realidad existente como consecuencia de un pseudoigualitarismo muy extendido entre los científicos sociales. Pero, precisamente por la enorme cantidad de factores extracientíficos que entran

ahí, ése es uno de los casos en los que toda la prudencia científica será siempre poca. El que los científicos sociales tengan serias reticencias ante el empleo del término «raza» no se debe siempre y exclusivamente al peso que en la memoria histórica de la humanidad ha dejado la manipulación pseudocientífica (y no muy lejana en el tiempo) de ese mismo concepto; se debe también a otras razones. Una de ellas es que tampoco los científicos naturales —genetistas, biólogos, zoólogos, ecólogos— acaban de ponerse de acuerdo acerca de la corrección y oportunidad en el uso del término «raza», como se ve en seguida con un simple repaso de los materiales del simposio norteamericano dirigido por Margaret Mead y Theodosius Dobzhansky y promocionado por la Asociación Americana para el Desarrollo de la Ciencia en 1966¹. Veinte años después todavía sigue valiendo, en mi opinión, la consideración que en aquella oportunidad hizo Gloria A. Marshall sobre las muy distintas acepciones en que emplean el término «raza» no sólo las clasificaciones populares, sino también las tipologías científicas establecidas por especialistas en diferentes ciencias². Y aunque, seguramente, la gran mayoría de los científicos comparte hoy la equilibrada síntesis de Dobzhansky y su afirmación de que «es inútil negar la existencia de diferencias raciales en la especie humana», no es tan seguro, en cambio, que esa mayoría comparta también su optimismo de entonces sobre la existencia de una clara línea divisoria entre estudios científicos de las razas, objetivos y fiables, y estudios pseudocientíficos, racistas y manipuladores³. Pues ahora sabemos mucho mejor no sólo que la relación entre ciencia y racismo era ya cosa corriente en la craneología y en la psicología experimental europea y americana mucho antes de que triunfara el nacional-socialismo en Alemania, sino también —asunto más importante para este contexto— que entre instrumentalización abierta y extrapolación inconsciente en determinadas investigaciones sobre rasgos específicos de las poblaciones, razas o etnias no hay una línea de demarcación evidente, sino más bien una línea de paso, muy frecuentada y poco vigilada⁴.

Así, pues, el que poco a poco se haya ido abandonando la ingenua concepción según la cual la buena ciencia desde el punto de vista epistemológico produce buena ética o buena política ha hecho a las gentes especialmente cautas incluso ante investigaciones que a primera vista

¹ AA. VV., *Science and the concept of race*, Nueva York, Columbia University Press, 1968 (traducción castellana: Barcelona, Fontanella, 1972; Orbis, 1986). Véase, también, la voz «Raza» escrita por Marvis HARRIS para la *Enciclopedia Internacional de Ciencias Sociales*, vol. 9, Madrid, Aguilar, 1979.

² «Clasificaciones raciales populares y científicas», *ob. cit.*, pp. 134 y ss. Sobre los aspectos psicológico-sociales del concepto de raza, véase Thomas F. PETTIGREW, en el volumen citado de *EICS*, pp. 109 y ss.

³ «Introducción al debate sobre aspectos biológicos de la raza en el hombre», en *ob. cit.*, pp. 71 y ss.

⁴ S. J. GOULD, *La falsa medida del hombre* (traducción castellana: Barcelona, Antoni Bosch Editor, 1984). También, del mismo autor, *El pulgar del panda* (traducción castellana: Hermann Blume, 1983).

parecen reunir todos los requisitos metodológicos exigidos por la comunidad científica. Pero, por esto mismo, y también porque en los últimos tiempos se observa de nuevo cierto biologismo de talante imperialista, en la actualidad aún sigue habiendo muchas reticencias entre los científicos sociales frente a algunas de las generalizaciones relativas al comportamiento de poblaciones que proceden de la sociobiología. Conviene, sin embargo, distinguir entre ese motivo de cautela, en mi opinión justificado, y otra confusión muy extendida, tanto entre científicos sociales como entre científicos naturales, según la cual la admisión de la existencia de razas implicaría lógicamente la adopción de una actitud antiigualitaria en los planos social o cultural. Esto enlaza con el falso igualitarismo al que se refiere Salcedo en la ponencia.

Para distinguir con claridad lo que es cautela justificada del avestruicismo académico, tal vez no esté de más hacer una referencia a la falacia naturalista, que es lo que hay en el fondo de esa confusión tan extendida. De la afirmación o del reconocimiento de la diversidad de razas, subespecies y etnias en la Humanidad no se sigue, ni tiene por qué seguirse necesariamente (lógicamente), una determinada política demográfica. Es una falacia lógica conocida el pasar sin más del plano de los hechos al plano de las recomendaciones morales o políticas como si estas últimas fueran una implicación de lo alcanzado por vía científica. El conocimiento sociobiológico, demográfico, etc., puede hacer más o menos plausible o argüible una política demográfica que otra, pero entre aquel conocimiento científico y esta política (en sentido amplio) no hay implicación o inferencia. Lo que en éste, como en otros casos, hay entre conocimiento científico de las dimensiones y del comportamiento de las poblaciones y la propuesta de medidas más convenientes para los matrimonios, procreación, dimensión de las familias, etc., es la voluntad de orientarse en tal o cual dirección, *la decisión colectiva de actuar* en uno u otro sentido. De manera que, por lo que hace al caso, del reconocimiento de las diferencias raciales o de la afirmación acerca de las diferencias en tal o cual factor para la valoración de la inteligencia no se sigue lógicamente el antiigualitarismo o una posición racista, que son opciones político-morales, culturales en suma, dependientes de la decisión y de la voluntad de los sujetos.

Por esta razón en la declaración acerca de las razas humanas hecha por la UNESCO en 1952 se decía que «la igualdad de oportunidades y la igualdad ante las leyes, lo mismo que los principios éticos, *no se basan en absoluto en el supuesto de que los seres humanos están de hecho igualmente dotados*». Como argumentaba Dobzhansky con mucha lucidez en ese punto, *diversidad* biológica no es, ni implica necesariamente, *desigualdad*⁵. La diversidad es un hecho biológica y culturalmente observable; la desigualdad es también un hecho suficiente-

⁵ T. DOBZHANSKY, *Diversidad genética e igualdad humana*, Barcelona, Labor, 1978, pp. 11-12.

mente conocido por sociólogos y economistas; la igualdad (política, económica, social) es una aspiración, un precepto ético de una parte de la humanidad, al servicio del cual, a veces, se instrumentan (o tratan de instrumentarse) tales o cuales políticas. Lo que ni la demografía ni ninguna otra ciencia hace o hará —contra un tópico muy extendido— es *demostrar* o *probar* la necesidad de la igualdad o de la desigualdad. Esta creencia equivocada es lo que suele estar en el fondo del actual uso racista y antiigualitario de la sociobiología por la extrema derecha política y lo que inhibe a veces a científicos sociales partidarios de la igualdad frente a las conclusiones de ese tipo de investigaciones. En realidad estos últimos podrían argumentar que el reconocimiento de la diversidad no es obstáculo, sino acicate para luchar en favor de la igualdad social.

Aunque argüir o hacer plausible no es probar o demostrar en sentido riguroso y aunque, a lo que parece, siga siendo una tarea tan desesperada como transitada el tratar de deducir la ética, o la política moralmente bien orientada, de una ciencia o de un conjunto de ciencias (Dobzhansky no lo descartaba en su ensayo sobre *Genetic diversity and human equality*; O. P. Wilson parece a veces replanteárselo en relación con la sociobiología), siempre se puede hacer algo para racionalizar las decisiones. De ahí que exista una ya muy abundante literatura sobre la teoría de la decisión y acerca de sus aplicaciones a tales o cuales problemas sociales. Pero aun dejando a un lado la estrechez del concepto de racionalidad con que por lo general se opera desde esa perspectiva, hay que reconocer, en cualquier caso, que la Humanidad ha avanzado muy poco desde la época de la moral mesopotámica y que la presencia de factores no-racionales, o abiertamente irracionales, condiciona la mayor parte de las discusiones públicas sobre las políticas demográficas. Y eso desde el momento en que en ellas están implicadas comparaciones y estimaciones acerca de los comportamientos sexuales, la vida familiar, el aborto o las relaciones entre pueblos y culturas muy distintos.

En efecto, la persistencia de la xenofobia en el tratamiento de todos estos temas que están a caballo de varias ciencias —en particular aquellos en los cuales entran variables como «emigración», «fecundidad comparativa», «cruce cultural», etc.— es mucho más difícil de superar que la falacia naturalista. Entre otras razones porque, como apuntó Brecht en un momento malo de nuestra historia, el nacionalismo y la xenofobia que suele acompañarlo son contagiosos y, a diferencia de otros males del mismo tipo, no sólo se transmiten por infección con el virus del que es portadora la propia comunidad, sino también por reacción contra otras xenofobias y otros nacionalismos. Al llegar ahí el científico social poco tiene que añadir, salvo recordar el saber humanista del poeta acerca del «ruido» y el «idiota» o la propuesta russelliana de trasladar la cura de los persistentes complejos xenofóbicos de superioridad e inferioridad a la conquista de las grandes cumbres.

Una primera conclusión que se puede extraer de este excursus epis-

temológico es que la aproximación objetiva a varios de los más importantes problemas recogidos bajo el rótulo «demografía y política» requiere evitar desde el principio la confusión habitual entre, de un lado, *describir* rasgos característicos de las poblaciones o *explicar* determinadas tendencias existentes en un momento dado, para así obtener una teoría demográfica, y *decidir*, de otro lado, aplicar el conocimiento logrado, o sea, esa misma teoría, a la tarea de conservar, cambiar o revolucionar la situación observada o la tendencia descrita. De lo contrario, sin superar esa confusión, se corre constantemente el riesgo de oscilar, al abordar los problemas prácticos, entre un progresismo ingenuo que cree ver determinismo biológico y racismo en toda investigación de las diferencias raciales o étnicas y la instrumentalización *ad hoc* de los conocimientos obtenidos. Esa oscilación es lo que de hecho se ha producido desde mediada la década de los sesenta con las investigaciones de Jensen y de Eysenck acerca del coeficiente de inteligencia, con los trabajos de Lorenz en el campo de la etología y, más recientemente, con los estudios sociobiológicos de Wilson.

Una segunda conclusión, referida a la superación del nacionalismo y la xenofobia en el tratamiento de estos problemas en los que está implicada la diversidad de culturas y el choque cultural, apuntaría a una prueba práctica: ¿hasta qué punto está uno dispuesto a mantener la distinción entre positivo y normativo cuando presente o intuye que las investigaciones en curso van a perjudicar a la etnia, cultura o comunidad propia? Dicho con un ejemplo: ¿cuántos de los científicos sociales, demógrafos o no, que estarían dispuestos a admitir o a suscribir que las investigaciones científicas sobre las razas no implican necesariamente una actitud racista en general aprobarían al mismo tiempo en España la realización de investigaciones médicas y biológicas relativas al mejor conocimiento de la diversidad en el País Vasco? Como el ejemplo no es inventado se puede reflexionar sobre él con cierto conocimiento de causa. El ejemplo vale en la medida en que este papel está escrito en castellano, pero, desde luego, habría que utilizar otros si fuera dirigido al lector vasco, catalán, gallego, etc. En realidad la prueba es muy simple: basta con pasar al ámbito académico-universitario la vieja historia sobre el cambio de nacionalidad del tonto del chiste, según el país en que se esté, para darse cuenta de que en la mayoría de los casos el paso de la risa al ceño fruncido sigue funcionando.

II

El desprecio hacia Thomas Robert Malthus, la decisión de no citarle ni una sola vez, parece haber tenido como consecuencia no buscada la ausencia en el trabajo de Salcedo del bloque de problemas sobre el que seguramente más se ha discutido durante la última década, el de la relación entre población, recursos y medio ambiente tanto

en el ámbito planetario como en los subsistemas regionales. Ese desprecio es llamativo, pues todo parecía indicar que el dramatismo con el que se planteaba no hace mucho el problema de la sobrepoblación mundial, entremezclado con el de la incipiente crisis ecológica, había conducido al reconocimiento (más o menos parcial y tardío) del papel precursor de Malthus, hasta el punto de que los legos en estas cosas tendíamos a pensar que al viejo clérigo no le quedaban ya más enemigos que el Vaticano y la señora aquella de la Asociación Pro Vida que se paseó por los alrededores de la sede de la Conferencia Internacional de Población, en México, esgrimiendo la pancarta con el «Malthus was a queer». Incluso varias corrientes marxistas se habían hecho durante los años setenta relativamente susceptibles a la recuperación de la problemática de Malthus, en unos casos de forma vergonzante, a través de una vieja carta de Engels a Kautsky, y en otros, como el de Wolfgang Harich, de manera mucho más decidida⁶. Harich, a quien se debe una de las reformulaciones más drásticas y radicales, aunque también más polémicas, del marxismo llegó a escribir en 1975: «Avancemos hacia la síntesis del marxismo con las verdades parciales de Malthus, que Kautsky fue el primero en defender y que Engels acabó reconociendo.» Afirmación que, más allá de lo exagerado que pueda haber en el reconocimiento por Engels de las «verdades parciales», es insólita en la tradición marxista y que sólo puede explicarse por la preocupación real ante el progresivo deterioro de lo que el propio Harich llama «la base natural» de la sociedad.

Así, pues, a la vista de reconocimientos como ése, por tardíos que sean, es de esperar que, en la réplica, el ponente argumente sobre «los escasos méritos científicos» de Malthus y no nos obligue a creerle bajo palabra.

Aunque resulta menos llamativa por lo que diré ahora, también exige alguna explicación suplementaria la ausencia de referencias al tan traído y llevado tema de la población en su relación con los recursos y el medio ambiente. Menos llamativa, porque paradójicamente esta problemática parece haberse hecho menos preocupante desde los últimos años de la década anterior.

En líneas generales la preocupación por lo que un día se llamó «la explosión demográfica» o «la bomba población» ha seguido una curiosa trayectoria. Después de una primera fase que arranca de los años sesenta con consideraciones analíticamente muy dramáticas y predictivamente muy pesimistas —fase a la que pertenecen el primer informe al Club de Roma, el célebre libro de Ehrlich y la Conferencia de Bucarest, entre otras cosas— se pasó, al final de la década de los setenta, a un moderado optimismo, por lo general argumentado a partir de los primeros datos de la encuesta mundial sobre fecundidad financiada por las Naciones Unidas. Esta nueva fase se carac-

⁶ *¿Comunismo sin crecimiento? Babeuf y el Club de Roma* (traducción castellana: Barcelona, Materiales, 1975). Una valoración crítica de la obra de Harich, en M. SACRISTÁN, *Panfletos y materiales*, III, Barcelona, Icaria, 1985, pp. 211 y ss.

terizó por una corrección en sentido favorable de las predicciones anteriores, tomando como base para ello la extrapolación de las tendencias observadas en China, India y algunos otros países asiáticos y americanos. El entonces director del departamento de población de las Naciones Unidas, Leon Tabah, hacía observar en 1979 que se estaba produciendo una desaceleración tanto en los países industrializados como en los países del tercer mundo y saludaba con optimismo el hecho de que desde 1968 las Naciones Unidas hubieran tenido que revisar sus estimaciones a la baja en cada una de las nuevas proyecciones realizadas⁷. Finalmente, durante estos últimos años —y, sobre todo, desde la Conferencia de México— el talante de los años sesenta parece haberse invertido hacia el optimismo.

El economista de Illinois Julian L. Simon representa muy bien esa inversión del talante ante los problemas demográficos y ecológico-económicos, sobre todo por la franqueza con que él mismo ha explicado la razón de su conversión en defensor de los beneficios que, a largo plazo, tiene el poblacionismo. La argumentación de Simon está orientada principalmente a quitar importancia, por una parte, a las preocupaciones de ecólogos y ecologistas sobre la escasez de energía y a recomponer, por otra parte, la confianza en la lógica del beneficio servida por poblaciones grandes. Según esa argumentación, mientras haya sol —y habrá sol para rato— es estúpido preocuparse por el agotamiento definitivo de la energía; el control de la natalidad no sólo es innecesario, sino negativo, porque el aumento de la población crea oportunidades empresariales, hace aumentar las inversiones, proporciona (en segunda instancia) mayores oportunidades de empleo, lo cual, a su vez, contribuye a una distribución más eficaz de los recursos. Más población no es sólo, desde este punto de vista neoliberal, más mano de obra para tiempos de recuperación económica, sino que representa también un potencial aumento de la existencia de *conocimiento útil*, en la medida en que «las mentes cuentan económicamente tanto o más que las manos o los locos»⁸.

No es necesario tener los hígados de Julian L. Simon, quien elogia los rascacielos y las autopistas de Hong Kong, para sentirse optimistas ante el crecimiento actual de la población mundial. Basta con quitar «económicamente» de la frase anterior y poner «almas» donde dice «mentes» para encontrar otro frente del optimismo poblacionista actual: el vaticanista. Y basta con construir toda la argumentación empleando los términos «socialismo» y «liberación de la economía nacional» (aunque manteniendo el sol y las mayores oportunidades de empleo) para encontrar en seguida al tercer miembro de la santa alianza en este asunto. La pregunta interesante en ese contexto es la que se hacía Paul Demeny hace tres años: ¿qué ha cambiado para que se haya producido tal modificación del talante ante el asunto de

⁷ «Le bouleversement de la carte démographique mondiale», *Le Monde*, 10-IV-1979.

⁸ «La población, recurso inagotable», en *Población y recursos en la frontera del 2000*, extra de *El País*, 27-XII-1984.

la población? Y puesto que, como el propio Demeny muestra y admite todo el mundo, las proyecciones que se hacían hace veinte años para el 2000 están confirmando en general su validez e incluso han sido modificadas hacia arriba para Africa y Asia, el cambio de opinión no puede explicarse sólo por esos datos, por los datos demográficos. ¿Se trata, pues, de un optimismo ideológico sin otro fundamento *in re* que las voluntades de los poderes conservadores de la Tierra o hay otros datos —económicos, sociológicos, políticos— que permitan explicar la paradoja?

Mi convicción es que, efectivamente, hay datos que permiten explicar por qué *en el centro del Imperio* se ha pasado del pesimismo al optimismo, pese a que las proyecciones globales en torno a los seis mil millones de seres para el fin de siglo se mantenían. Al estimar los documentos de las Naciones Unidas preparatorios de la Conferencia de México⁹ se observa que el asunto principal ya era entonces —y sigue siendo hoy— el de las disparidades internacionales crecientes en cuanto a las variables demográficas que se relacionan con una hipotética mejora de la calidad de la vida, esto es, mejor esperanza de vida, tasas de mortalidad más bajas, tasas de morbilidad más bajas, tasas de fecundidad más bajas. Las diferencias, por lo que hace a esos índices, entre los países más desarrollados económicamente y buena parte de los países africanos y asiáticos son abismales, y según todas las previsiones, lo seguirán siendo todavía durante las próximas décadas¹⁰. Teniendo esto en cuenta parece natural, por tanto, que la preocupación mayor haya sufrido un desplazamiento desde el problema de la sobrepoblación absoluta (y su potencial incidencia como uno de los factores que contribuyen a la sobrecarga del medio ambiente planetario) hacia el mejoramiento de las variables que mantienen a muchos países del tercer mundo en una situación de postración. Muy natural, puesto que el hambre y la muerte por falta de alimentos aparecía en la década de los setenta no como una previsión catastrofista, sino como un hecho desgraciadamente muy real en algunas regiones de Africa y Asia¹¹. Este ha sido, por lo general, el enfoque de la mayoría de los expertos de las Naciones Unidas, enfoque que, por otra parte —como se ve—, no tiene nada de optimista.

El optimismo viene de otros lugares. Viene de una interpretación de la relativa recuperación económica en algunos países punteros de la economía mundial como final del ciclo recesivo, así como de una gran confianza en las llamadas nuevas tecnologías para hacer frente

⁹ R. M. SALAS, *Estado de la población mundial, 1984*. También, NN. UU., *Población, recursos, medio ambiente y desarrollo: cuestiones sobre las interrelaciones*, Nueva York, 1984.

¹⁰ NN. UU., *Población, recursos, medio ambiente y desarrollo*, cit. También, NN. UU., *La fecundidad y la familia: condiciones y percepciones cambiantes*, Nueva York, 1984.

¹¹ AA. VV., *Futuro global. Tiempo de actuar*, Informe elaborado por el Consejo de la Calidad Ambiental y el Departamento de Estado de los Estados Unidos (traducción castellana: Madrid, Siglo XXI, 1984).

a los retos y riesgos que hace unos cuantos años se consideraban apremiantes. Pero, por lo general, este cambio de talante —que deja hoy muy en minoría no sólo a Erhlich y a Commoner, sino también a los bienintencionados expertos de las Naciones Unidas— tiene lugar a costa de un regreso a actitudes etnocéntricas. Se olvida que los problemas planetarios, lo que el Club de Roma llamaba «la problemática», han dejado de interesar o interesan hoy menos que ayer porque *de hecho* una parte de esos problemas —algunos de ellos muy llamativos no hace mucho— han sido mientras tanto endosados a la periferia, a los países del tercer mundo, en forma de transferencias constantes de industrias y tecnologías peligrosas o de alto riesgo para la vida de las especies (entre ellas la nuestra). Sin necesidad de volver ahora al viejo debate acerca de la importancia relativa de la sobrepoblación mundial en el deterioro global del medio ambiente parece lícito, en cambio, llamar la atención —como sigue haciéndolo Erhlich— sobre la otra cara del desequilibrio internacional en su relación con las potenciales políticas de población, a saber: que, dados los muy desiguales consumos de energía, el nacimiento de un niño en los Estados Unidos de Norteamérica representa para el planeta una carga aproximadamente cien veces mayor que el nacimiento de un niño en la región más deprimida de Asia. Esto último habitualmente no suele ser tenido en cuenta por los poblacionistas occidentales, empeñados en aumentar la tasa de fecundidad. Pero se comprende que un argumento así cuente menos que el miedo, que empieza a hacerse patente, a los nuevos nómadas, a los emigrantes y refugiados que desde tantas partes del mundo pobre llegan a las metrópolis. Se comprende porque para que un argumento así tuviera peso a la hora de tomar medidas acerca de la fecundidad no sólo sería necesaria una mayor conciencia del peligro de crisis ecológica, sino también una conciencia de especie que la Humanidad no ha logrado hasta ahora. De manera que la vieja problemática sólo parece resurgir en la ciudad alegre y confiada con motivo de las inquietantes noticias intermitentes sobre el agujero en la capa de ozono.

III

Antes de entrar en la discusión sobre el concepto de democracia en el contexto de las políticas demográficas quisiera todavía decir algo sobre tres puntos del *paper* de Salcedo que, en mi opinión, exigirían matizaciones. Los tres tienen relación con el breve bosquejo histórico de las utopías demográficas que hay en el texto: la interpretación popperiana de Platón, la ausencia de utopías destacables en el siglo xx y los rasgos característicos de lo que al final del apartado segundo se define como el «proceso general».

Si la descalificación de T. S. Malthus tiene el efecto de dejar fuera de consideración todo un bloque nada despreciable de problemas (sobre los que, con toda seguridad, volverá el ponente en la réplica), la

adopción del esquema histórico y de algunas categorías de K. R. Popper —por cierto, otro gran conservador, también él, y, aunque no clérigo, sí padre espiritual, junto con Von Hayek, del neoliberalismo actual— obliga a algunas matizaciones. La primera es que por sugestiva que todavía pueda seguir resultando la lectura de Platón por Popper en *La sociedad abierta y sus enemigos*, los historiadores de la filosofía antigua tienen muchas reticencias a aceptarla en su totalidad, precisamente porque consideran que en ella se pierde la evolución de Platón y algunos cambios de opinión nada despreciables desde el punto de vista político y social¹². Pero, en cualquier caso, más importante que eso es el anacronismo que resulta de la generalización popperiana en torno al supuesto modelo «totalitario» del filósofo griego. Tal vez sea verdad que Platón no ha estado sólo en la Historia, dada la larga aventura del neoplatonismo europeo, pero parece excesivo poner en relación sus ideas con las políticas demográficas llevadas a cabo en la Alemania nazi o en la Unión Soviética durante los años treinta de este siglo. Afirmar que existe algún tipo de vínculo ideal entre esas políticas y las ideas expresadas por Platón en algunos de sus diálogos más conocidos puede ser sugerente, pero ayuda muy poco a comprender la especificidad de estas políticas relativamente recientes. Una argumentación de ese tipo, basada únicamente en la categoría general de «totalitarismo» o «absolutismo», obligaría por extensión a relacionar las purgas stalinianas con la obra de Marx —cosa que han hecho también los nuevos filósofos, siguiendo a Popper precisamente— y los campos chilenos de concentración con Jesús de Nazareth (cosa que, sintomáticamente, no parece dispuesto a hacer nadie, con muy buen acuerdo). En fin, lo que se pretende concluir *a contrario* es que han transcurrido demasiados siglos desde Platón como para que éste haya tenido algo que ver con políticas demográficas debidas a autores que, por lo demás, declararon sin ambigüedades quiénes eran sus mentores intelectuales más próximos.

También está exigiendo matizaciones o un razonamiento más detallado la afirmación según la cual en el siglo xx no ha habido ya utopías destacables. Hubo un tiempo en el que se pensó, efectivamente, que la época de las utopías sociales había terminado con el siglo xix y que en lo sucesivo sólo cabía ya la ciencia social. Pero no creo que Salcedo esté pensando en aquella optimista visión del «socialismo científico». En realidad toda propuesta de transformación radical de la sociedad existente en un momento histórico dado ha sido considerada como utopismo por aquellos que previsiblemente iban a resultar mayormente afectados por la transformación, como vio muy bien entre nosotros Fernando Garrido. Por esa razón —más allá de las manipulaciones ideológicas— siempre ha resultado difícil distinguir entre «utopía» y «previsión más o menos racional o científica». El texto de Juan Salcedo destaca con razón la importancia de las

¹² Puede verse la crítica a Popper que en, en ese sentido, hace Emilio LLEÓ en su libro *La memoria del logos*, Madrid, Taurus, 1986.

antiutopías más pesimistas de nuestro siglo, las cuales están relacionadas precisamente con la crítica del papel que ha ido asumiendo la ciencia. No obstante, junto a ellas y a veces entrelazadas con ellas, ha seguido habiendo utopías positivas movidas al mismo tiempo por la denuncia de los males de la civilización. Este es el carácter que parecen haber tenido algunos textos contraculturales de los años sesenta, muy leídos por los jóvenes de entonces, buena parte de las páginas de Marcuse (el cual significativamente escribió un texto sobre «el final de la utopía» al comprobar la realidad del movimiento alternativo) y, en otro plano, los trabajos del Club de Roma o el ensayo de Harich antes citado. Todos ellos comparten un rasgo que difícilmente se encontraría en las utopías anteriores: la búsqueda de la armonía ecológica, el estar a bien con la naturaleza en la época del descubrimiento de los límites del crecimiento. J. Galtung —creo que en este caso con mucha perspicacia— ha visto así la tarea del Club de Roma y la ha comparado con la «utopía marxiana» de un siglo antes¹³, e I. Sachs ha llegado a hablar de «confluencia de utopías» para referirse al pensamiento crítico, económico y sociológico, dominante a mediados de los setenta¹⁴.

En cuanto al tercer punto de este apartado —el que se refiere a la conclusión acerca del proceso histórico general—, seguramente habría que relativizar un poco la generalización que correlaciona búsqueda del orden social con ideal basado en la población estacionaria y defensa del cambio social con preferencia por poblaciones en expansión o regresión. Pues, o bien nos encontramos ante una mera tautología (orden=estacionario, cambio=expansión o regresión), o bien se hace necesario precisar más los conceptos. Orden y cambio (incluso en el sentido de transformación revolucionaria) no siempre se han opuesto en la historia del pensamiento social. De hecho el cambio social revolucionario ha sido presentado muchas veces como lo opuesto al desorden, a la anarquía de lo existente, como el «orden nuevo» (Quizá ningún otro pensador habrá utilizado más el concepto de «orden», en tanto que sinónimo de «cambio», como Gramsci). Por otra parte, de seguir con esa correlación dicotómica sin otros matices (que tengan en cuenta las complicaciones contemporáneas de las políticas demográficas mediadas por la división del mundo en dos bloques) resultaría difícil no ya explicar algunos notables cambios de opinión durante los últimos diez o quince años, sino incluso distinguir entre partidarios del «orden» y partidarios del «cambio». Pues desde la Conferencia de Bucarest por lo menos se ha hecho habitual recomendar *en general y a los otros* políticas demográficas que no se cumplen en los propios países. Así, en Bucarest mismo los representantes del «socialismo real» criticaron muy duramente las políticas llamadas «neo-

¹³ J. GALTUNG, «Estilos de vida alternativos en las sociedades ricas», en Marc NERFIN (comp.), *Hacia otro desarrollo: enfoques y estrategias*, México, Siglo XXI, 1978.

¹⁴ I. SACHS, «Développement, utopie, projet de société», en *Tiers Monde*, núm. 80, 1979, pp. 645-656.

malthusianas», insistiendo en el problema económico-social de la mejor y más igualitaria distribución, pero de hecho adoptaron medidas, en algunos casos drásticas, de control de la natalidad en sus países y para sus poblaciones; y los Estados Unidos de Norteamérica, que en aquel momento encabezaban el bloque de denunciantes de los peligros de la sobrepoblación mundial, se pasaron al cabo de diez años a la posición contraria. Como escribía con cierta gracia P. R. Erhlich, «en México la Administración norteamericana adoptó la antigua posición marxista-maoísta de que el crecimiento de la población carece de importancia siempre que se cuente con el sistema económico apropiado; posición, por cierto, abandonada hace ya mucho tiempo por China...».

IV

Es precisamente la existencia de bloques (en primer término militares), la mundialización de las relaciones económicas dominantes y la dependencia de tantos y tantos países en este mundo de ahora lo que convierte en demasiado simple la contraposición de «política» y «políticas» demográficas que adelanta, en el trabajo de Salcedo, las conclusiones y recomendaciones. Tal contraposición entre una «política» demográfica como solución «final», «totalitaria», etc., y «políticas» demográficas orientadas democráticamente a soluciones limitadas me parece, en efecto, demasiado rígida. Lo prueba indirectamente el que el apartado dedicado por el autor a la política demográfica como solución final incluya cosas muy distintas, tanto en lo que se refiere a países (la Alemania nazi, la Rusia de la época de Stalin, China, India) como en lo que se refiere a momentos de la historia (los años veinte y treinta para Alemania y la URSS, los cincuenta y sesenta para China e India). Es evidente que todos esos procesos comparten un rasgo común, el de la adopción de medidas demográficas y económico-sociales por vía autoritaria, sin lo que habitualmente se llama democracia representativa, o sin respeto a las reglas del juego que han sido establecidas en las sociedades democráticas contemporáneas. Pero, a pesar de ello, se trata de medidas demasiado diferentes (políticas tendentes al exterminio de los judíos en el caso de la Alemania nazi, a la reubicación de poblaciones en el caso de la URSS, al control y reducción de la natalidad en general en el caso de China y la India) como para ser incluidas todas ellas bajo rótulos tan rotundos como «solución final» o «totalitarismo». No parece, en efecto, que las políticas demográficas de la URSS, China e India hayan pretendido en algún momento la «solución final» de problemas demográficos, raciales o étnicos persistentes (aunque haya habido, sin duda, represión —con métodos no muy diferentes de los de la democrática Inglaterra en Irlanda, por cierto— de las minorías).

Si el término «totalitarismo» —cuyo uso contemporáneo no tiene nada que ver con la filosofía platónica, sino con intereses político-

ideológicos de la Administración norteamericana al final de la segunda guerra mundial— incluye demasiadas cosas, el término «democracia», sin otros adjetivos, es ya demasiado vago para calificar políticas demográficas o de otro tipo. Más allá del fácil acuerdo acerca de las reglas básicas de la democracia representativa (en el sentido de Norberto Bobbio), acuerdo que sirve para establecer diferenciaciones elementales pero imprescindibles respecto de países en los que ni siquiera existe la democracia política, es patente que la «democracia», en su sentido básico, sigue siendo más *una aspiración* que una realidad. En todo caso, las democracias realmente existentes, o autoproclamadas, están tan lejos de ser gobiernos del pueblo como las de la Grecia clásica (limitadas por la existencia del esclavismo). En las de hoy sigue habiendo limitaciones importantes, entre otras: desfase entre las competencias que las leyes atribuyen a los parlamentos y las que de hecho éstos tienen, en la medida en que su papel está completamente subordinado a las decisiones de la Administración; reforzamiento, asimismo, del poder de la Administración, a través de los comités de expertos, frente al legislador, lo cual indirectamente hace a la Administración independiente del ciudadano en todas las cuestiones de importancia para la vida pública, etc. En realidad las democracias verdaderamente existentes, como se ha dicho muchas veces, constituyen una nueva forma de patrimonialismo, en la que sigue rigiendo el principio de todo para el pueblo pero sin el pueblo¹⁵.

Desde el punto de vista de la *vocación democrática* no cuesta demasiado trabajo aceptar que las políticas demográficas sectoriales presentan menos riesgo milenarista, por así decirlo, que políticas de orientación más globalizadora, pues aquéllas permiten un mayor control previo de las variables que se supone van a entrar en juego. No obstante, como se afirma también en el texto de Salcedo, los problemas derivados del crecimiento demográfico excesivo sólo admiten tratamiento *a nivel mundial* o, por lo menos, regional. Al llegar a ese punto, las más de las veces el pensamiento clásico liberal-democrático acaba reconociendo las propias limitaciones, ya sea al apoyar de hecho —o sugerir abiertamente— medidas que implican la intervención de los Estados, ya sea teorizando en última instancia el conocido dicho de que a grandes males hay que oponer grandes remedios.

En efecto, muchas veces se critica externamente y desde el punto de vista de la sensibilidad liberal-democrática occidental tales o cuales medidas autoritarias adoptadas para corregir la sobrepoblación en la India, pero tiende a olvidarse que parte de esas medidas fueron sugeridas, recomendadas y aún planificadas previamente, como una necesidad apremiante, por expertos de países occidentales en los que, rigiendo la democracia representativa, nadie se atrevería a proponer semejantes medidas. Algo parecido ha ocurrido en las últimas décadas con la llamada «revolución verde» para corregir el otro cuerno del pro-

¹⁵ J. R. CAPELLA, *Entresueños. Ensayos de filosofía política*, Barcelona, Icaria, 1986.

blema, el de los recursos alimenticios. Esta forma habitual de comportamiento supone la existencia en nuestras culturas de un doble lenguaje, de una doble moral, la cual aduce el relativismo cultural para justificar las medidas autoritarias que recomienda *lejos* y defiende al mismo tiempo *en general y en abstracto* el carácter absoluto de los valores propios para sugerir su superioridad sobre los demás. Es una experiencia interesante, una curiosidad sociológica, comprobar hasta qué punto aumenta entre los científicos liberales el número de los partidarios de un gobierno mundial a lo Einstein, o de la intervención estatal regional, e incluso del «déspota bondadoso» cuando los problemas en juego son próximos y concretos¹⁶.

¹⁶ Como ejemplo se puede ver AA. VV., *Debate sobre los límites del crecimiento*, México, FCE, 1973 (donde se recoge un buen número de entrevistas representativas sobre el tema realizadas por el periodista holandés Oltmans con científicos naturales y sociales).

